

Entredós
Lunes 19 de Junio de 2006 | Tal Cual/4
TalCual

Sofía Imber

"No lo han destruido todo, porque son demasiado torpes"

Conduce desde hace 18 años un programa de radio (Venezuela Posible) y ya no está en el museo que convirtió en uno de los mejores de América Latina, pero Sofía Imber, a los 82 años y una lucidez que asusta, no se rinde

Elizabeth Araujo
SaúlUzcátegui/TalCual

Una mujer menuda, entera, de mirada segura, afronta con lucidez el desafío de sus 82 años y dice asomarse a la realidad con asombro pero sin miedo. Hace cinco años dirigía uno de los museos de arte contemporáneo más importantes de Latinoamérica. Hoy, Sofía Imber lleva una existencia discreta. Cero política, poco periodismo. Aun así le cuesta eludir las llamadas telefónicas de los amigos, o las visitas de los expertos en arte y creadores plásticos que la tienen como una gerente cultural exitosa y conocedora de su oficio.

Por una de las ventanas, el viento deja pasar los gritos de los vecinos que celebran los goles de Brasil en el Mundial.

Carlos Rangel, su esposo, el escritor y periodista fallecido en 1988, observa desde un retrato ubicado en la residencia en La Florida. Allí, tranquila, rodeada de siete perros que reclaman su atención, Sofía Imber rescata algunos recuerdos de esa ausencia lejana.

–Lo primero que debería preguntársele es ¿desde cuándo no visita el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas?

–Desde el día en que me botaron: el 23 de enero de 2001. A cualquier empleado le dan quince días, al menos para recoger sus cosas y generalmente son directores o cargos importantes. Mi caso es que tenía treinta años ahí.

De alguna manera era como mi casa. Después del programa de televisión Buenos Días, me iba ahí y salía muy tarde. Pues bien, apenas me dieron tres días para que recogiera mis pertenencias y luego me las enviaron a casa en unas inmensas bolsas de basura.

–¿Qué sintió entonces?

–No podía esperar otra cosa. El museo fue tomado por asalto y fui despedida de una manera tan “atípica”, como dicen ellos. Ahora, que le quitaron mi nombre, me siento mejor. Lo quitaron de una manera fascista, al estilo nazi.

–¿Sabe, por fin, qué nombre tiene ahora el museo?, porque hasta hace poco habían propuesto llamarlo Museo Ernesto Guevara, aunque otros querían denominarlo Museo de Arte Contemporáneo Simón Bolívar, dado que no hay museos con el nombre del Libertador.

–Según el Gobierno, todos serán ahora museos bolivarianos. Hasta Lina Ron dijo que quería que le pusieran al MAC su nombre. No me extrañaría. Ya el mismo ministro de Cultura dijo que en todo proceso cultural tiene que estar presente la revolución.

–La base de la argumentación por la cual el Maccsi no debía llevar su nombre, no se debe a que usted sea judía o de derecha, sino que resultaba un contrasentido poner el nombre a una institución de alguien que está vivo.

–Todo eso entra dentro de las posibilidades.

Pero lo último fue –lo digo además en forma divertida, porque este gobierno no tiene sentido del humor– es que había una reunión en la que alguien le presentó un documento al ministro de 800 personalidades que firmaron un documento contra el racismo, donde aparecía mi nombre. Fue ahí cuando el ministro ordenó: ‘quiten el nombre de Sofía al Museo’ . Alguien le sugirió ‘Ministro, cálmese...

consúltele al Presidente’, pero él insistió ‘quítselo’ . Fue así como un grupo de activistas, en la noche, arrancaron las letras de cobre.

–¿Sabe qué filosofía u objetivos nuevos se ha planteado el Maccsi como institución?

–Nunca se plantean nada. Ellos hacen una cantidad de actos casi irracionales. Un día deciden que la cultura debe ser china, o rusa, o seguir el modelo cubano, pero no hay una línea definida. En lo único que hacen énfasis es en el proceso. Su frase preferida es “hay que democratizar la cultura” ; pero eso no es así, porque la cultura es la que trae la democracia. Primero viene la cultura y la cultura es democrática.

–En todo caso, ¿cómo cree usted que marcha el mundo cultural, en particular el sector museos, con la fusión de entes y fundaciones, bajo la jefatura centralizada desde donde el ministro Farruco Sesto lo observa todo?

–Creo que nada bueno se puede esperar de una cultura impuesta. La música venezolana es bellísima, pero no puede uno escucharla a juro. Y así ha venido ocurriendo con otras facetas de la cultura, donde aparece la figura del comisario político, el de la imposición de arriba, confinando a una suerte de “gulag” a los artistas que no desean ser sometidos.

– ¿No le parece más importante esa visión de la acción cultural que el de hacer exhibiciones de Picasso?

–Ambas visiones son interesantes, y ambas estuvieron presentes en el museo. Nosotros incorporamos a la gente de La Charneca; hicimos catálogos para invidentes; incorporamos a los alumnos de colegios y liceos públicos al video. Desde un comienzo hicimos que el Museo fuera un medio de comunicación. Tal vez no lo cacareamos. Uno

no hace un museo para uno, sino para el colectivo. Los barrios estaban presentes. Bastaba con ver los domingos.

Hicimos un autobús, incorporamos a mucha gente. Había un grupo humano excelente que trabajaba para la gente. Eso se perdió.

–¿Confrontó problemas similares con el poder en la cuarta república, por intromisión de ministros o esposas de presidentes a quienes no le gustaban la programación o la exhibición de determinada obra?

–Sé que a muchos yo no les gustaba. Pero, aun así, obtuve respeto.

–Hace unas semanas alguien comentó en un programa del canal 8, que la presencia judía es muy fuerte en Venezuela, y como ejemplo citó justo el poder que llegó a tener Sofía Imber en la cultura y los medios.

–No podría decirte cuánto poder tenía, pero sí te puedo asegurar cuántas horas y años de mi vida dediqué al trabajo y los resultados que logré. De hecho, ese museo era considerado uno de los mejores de América Latina. Acabo de recibir de Los Angeles un reconocimiento por haber hecho de ese garaje un gran museo. Me encanta que digan que el trabajo es poder.

–¿Recibe llamadas o correos de personalidades e instituciones museísticas, a pesar de que ya está retirada de la vida pública?

–Muchísimas, sobre todo de los jóvenes que están desorientados. Hay quienes me dicen que sienten miedo de estar en esas listas de Maisanta, de Tascón, de tener que ponerse las franelitas rojas. El único miedo que tengo es perder Internet.

–¿Cree que se está reproduciendo en Venezuela esa lucha entre judíos y árabes?

–No sé. Lo cierto es que este gobierno convive con los árabes más radicales. Es David contra Goliat. Hubo gente que me dijo que me habían sacado porque soy judía. Si es así, resulta insólito, porque yo he trabajado con árabes, cristianos, comunistas. Eso nunca se había visto en Venezuela.

–El año pasado se cumplieron 30 años de la publicación Del buen salvaje al buen revolucionario, el libro de Carlos Rangel.

Está visto que, a pesar del éxito de este libro, no se le ha hecho caso ¿Son siempre las buenas ideas menos persuasivas que las malas ideas?

– El buen salvaje... fue para mucha gente una obra fundamental. Hasta en las grandes universidades es un libro de consulta, de predilecta lectura, porque Carlos Rangel fue visionario.

Allí describe, como avizorando el futuro, todo lo que está sucediendo hoy.

–¿Cómo ve usted hoy el país: con preocupación, con tristeza, con esperanza?

–Quita la última palabra...

–¿Sigue siendo intransigente?

–Siempre.

MI ÚLTIMO VOTO

–¿Usted imaginó todo esto que está ocurriendo hoy?

–Sí, pero creía que iban a destruir todo más rápidamente. A lo mejor es que son tan torpes que no han podido. Una cosa es segura:

Chávez está destruyendo la Venezuela posible. Llegará el momento cuando no haya más derecho de dialogar, de pensar diferente.

El ha jugado como el gato y el ratón con los dueños de los medios de comunicación, con la cultura, con todo.

–¿Cree que haya censura o, lo peor, autocensura?

–Al menos, los humoristas nos están salvando.

–¿No extraña a su amigo José Vicente Rangel?

–¡Cómo ha cambiado, ese José Vicente; es otro: un cínico y mentiroso, muy distinto de aquel que estaba del lado de la verdad.

–¿Votará en diciembre?

–Me costaría mucho no votar. Tengo 82 años y estoy consciente que será mi último voto.

Desde la primera vez que se votó, no he dejado de hacerlo porque creo en la democracia.

Deseo fervientemente que haya elecciones.

–¿Nunca abandonaría el país?

–Esas palabras “nunca”, “jamás”, no se deberían decir, pero dentro de mí –y se lo he dicho a mis cercanos– quiero morir aquí en mi país. Además no me quiero morir todavía. Tal vez no vea ya una Venezuela mejor. El miedo es vergonzoso pero libre, pero mucha gente teme por miles de cosas.